

Sebastián Auger, el editor que compraba demasiado

«La prensa ha tocado fondo»

Por JULIAN LAGO
Fotos: GERMAN GALLEG0

—Te pueden procesar, Sebastián.
—No, eso sí que no, seguro que no, yo sé lo que he hecho y lo que no he hecho. ¿Quieres que te cuente la historia completa?

—Siempre y cuando me permitas ir contrastándola.

—¿Has hablado con Juan Garrigues?

—Digamos que tengo una versión que en buena lógica no coincidirá con la tuya.

—Mira, te cuento: todo empezó en febrero del 78, cuando Rafael Calvo Serer...

—Parece un arranque de una novela de intriga a lo John Le Carré. Hondo, muy hondo ha respirado Sebastián, el editor Sebastián Auger Duró, presidente del Grupo Mundo y de Prensa Castellana, cuando ha iniciado el relato del asunto **Informaciones**, que acaba de saltar en ese momento a la prensa. «Esta mañana he prestado declaración ante el juez Jaime Mariscal de Gaute, y estoy muy tranquilo», me anuncia al tiempo que intenta buscar mejor acomodo en el sofá que ocupa. La mano, una y otra vez, la entreteje por su aleonada, pero cuidadosamente despeinada, cabellera albirrubia, no pudiendo ocultar como una especie de cierta prisa por contar la película de un tirón, por explicarse cuanto antes el porqué Juan Garrigues y Pedro Ussia, amigos antes, enemigos ahora, socios, o ex socios ya, o lo que sean, le han llevado hasta los tribunales.

—Ya te digo: todo empezó entonces. Rafael Calvo Serer fue el primero que me habló en febrero del 78 que «**Informaciones**» estaba en venta y de



que él, con la indemnización que pensaba cobrar del «Madrid», a través del Banco de Crédito Industrial y gracias a otras ayudas indirectas del propio Gobierno, que le debían justamente por el cierre del «Madrid», podría reunir el capital que se necesitaba para comprar «**Informaciones**». Tuvimos varias conversaciones en Madrid y en Barcelona, pero como Rafael no cobró la indemnización esperada, em-

pecé yo solo a contactar con los representantes de los tres bancos propietarios del periódico, y eso fue... exactamente desde febrero hasta noviembre.

—Es que los bancos no desean tenerme como interlocutor, ¿o no?

—Es cierto, la Banca hay un momento en que no quiere que yo sea el interlocutor de la operación.

—Porque no se fían mucho de ti.

—No, no; no es eso. La Banca dice: Sebastián Auger es una persona física, propietario de esto y de aquello, editor demasiado cercano a las órbitas de izquierdas en Barcelona, polémico en fin, y entonces nosotros lo que necesitamos es que las acciones sean vendidas a un grupo más heterogéneo, a gente más pluralista, que no nos comprometa ante ninguna estructura de poder.

—Vamos, que según tú las razones son ideológicas y no económicas.

—Así es.

—Sin embargo, los bancos ponen el grito en el cielo cuando se enteran de que la persona que figura como compradora de sus acciones es tu madre.

—Bueno, te voy a explicar bien todo, perdona. Cuando los bancos me informan de su postura, me voy a Juan Garrigues y le planteo el asunto: ¿Te interesa ayudarme a hacer esta operación?, por favor, y él contesta que sí. Entonces su socio, Pedro Ussia, va a visitar a Alfredo Lafita, de la Banca March, que es con quien se empieza a negociar en nombre de los tres bancos con los datos que yo ya tenía: yo les presenté abogados, yo les presenté contables, yo hice las estipulaciones de la oferta, etcétera. Por su parte, los bancos dan a conocer las condiciones de la venta, que lógicamente fueron consultadas conmigo, porque ellos no sabían lo que era un diario y en realidad no hacían más que de intermediarios.

—¿De hombres de paja?

—Exactamente, porque son sólo agentes fiduciarios míos, y entonces se remata la transacción en base a un contrato que redacta mi abogado.

—Antonio García Trevijano.

—No, ése no fue. ¿Que quién fue entonces...? Permíteme que saque a colación los menos nombres posibles. No, Antonio no es quien redacta el contrato de la operación del «**Informaciones**», ni está detrás de la operación.

—Pues llegan a asegurarme que incluso los editoriales salen de su despacho de Castellana.

—¡Otra falsedad!, te doy mi palabra de honor, y tú me conoces bien, que los editoriales de «Informaciones» no salen, ni han salido jamás, del despacho de Trevijano. Punto. ¿Está claro o no?, pero déjame que continúe: se hace, pues, la operación y yo me quedo desde el primer instante con el 70 por 100 de las acciones.

—¿Por qué no te quedas con el cien por cien?

—Porque yo, como regalo, como donación a la gestión y al favor que me han hecho, les doy la opción de comprar el 30 por 100 restante.

—Una generosidad muy grande por tu parte, Sebastián.

—No, porque yo les obligo a pagar el precio que yo he pagado y además a mí me va bien invertir, en lugar de doscientos millones, es un ejemplo, invertir sólo ciento treinta.

—Pues yo tengo al respecto otra versión.

—¿Cuál?

—Que no solamente no pones dinero alguno...

—Te dirán lo que quieran.

—Claro, Sebastián.

—Pero yo he puesto muchísimos millones en todo esto, primero. Segundo, he puesto todos mis hombres de confianza. Tercero, hemos trabajado como condenados. Cuarto, hemos conseguido colocar el periódico en todos los puntos de venta de España. Y quinto, estamos comprometidos en la

**«Yo he
puesto
muchísimos
millones
en todo esto»**

compra de una máquina de impresión. A la vista de todos estos datos, ¿cómo puede nadie creerse que yo me pueda permitir el lujo de reducir la inversión? Lo que, eso sí, puedes estar seguro es que ellos no han puesto ni una perra y, por tanto, como no pagaron en los dos meses previstos las acciones, ni tampoco después en la ampliación de capital, no tengo por qué reconocer, y en ese sentido ya he presentado una demanda, su condición de accionistas. Aunque no todo acaba aquí, porque se han dado tanta prisa que han vendido parte de las acciones a terceras personas, cuyos nombres debo omitir porque resultarían escandalosos.



—¿Que han vendido a terceras personas parte de tus acciones? ¿Eso lo puedes demostrar?

—Sí.

—¿A gente de ucedé acaso?

—Bueno, digamos a gente muy próxima al Poder, de lo cual tengo constancia, así como del número de las pólizas en venta. Entonces imagínate la situación: se querellan contra mí porque me niego a enseñarles los libros de contabilidad, por falsear documento público, cuando yo no les reconozco ninguna clase de propiedad.

—Todo este pleito tiene que tener un trasfondo político.

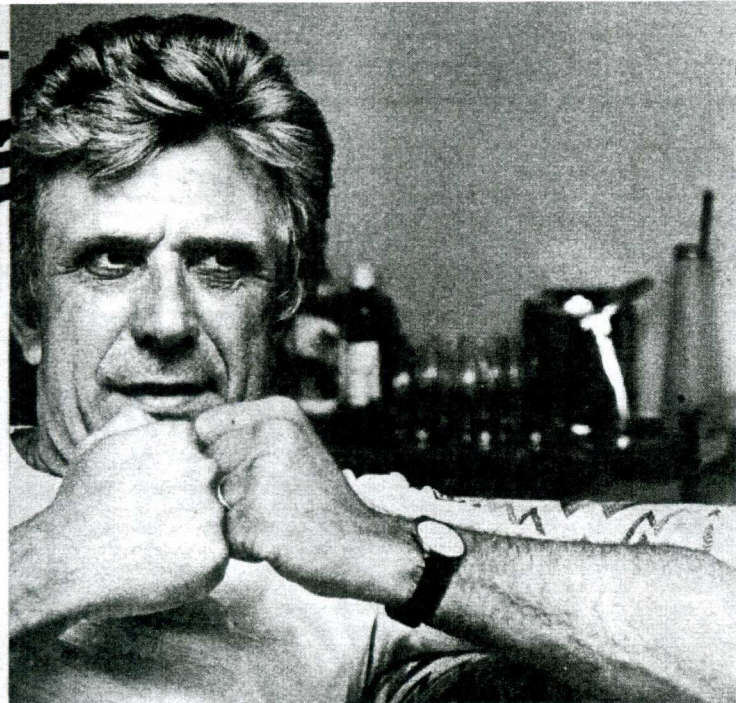
—A eso vamos, a que ellos no han hecho más que intentar imponer en la línea del periódico una determinada influencia ideológica.

—¿De qué tipo en concreto?

—Como puedes comprender, oye, estamos entrando en un terreno delicado pero hay que comentarlo, la verdad. Era de dominio público en Madrid, entre la clase política, entre la clase periodística, pero yo no quería hacer caso a los rumores que me llegaban: «Informaciones» está influido por intereses soviéticos, me repetían. No puede ser, no, hasta que algunos corresponsales en el extranjero me denunciaron de que sus crónicas, sus titulares, eran manipulados, hasta que, en fin, desde el Poder político, desde el Poder político, fíjate, me avisaron fehacientemente de que aquello era cierto.

—¿Estás dándome a entender que Juan Garrigues utilizaba el «Informaciones» en beneficio propio?

—No, yo no puedo sostener esa



afirmación porque no tengo pruebas: estoy escrutando los hechos, simplemente. Y sé, sí, que Garrigues y Ussia tienen una empresa de comercio exterior que se dedica, casi exclusivamente, al trato con los rusos y que algunas informaciones que afectaban a países donde pudiera haber intereses moscovitas, como Argelia, en el caso de Marruecos y el Frente Polisario, eran tendenciosas.

—Sin embargo, yo no acabo de salir de mi perplejidad.

—¿Y eso?

—Porque tu deseo de distanciarte de los moscovitas no resulta coherente cuando, si de algo se les acusa a tus periódicos, es de inclinarse hacia los comunistas.

—Eso no es verdad. Mira, yo siempre me he llevado bien con los comunistas, antes, durante y después de Franco. Pero conste que a mí los comunistas no me han dado ni una peseta, ni ningún tipo de asistencia técnica.

—Carrillo algún favor si que te ha hecho.

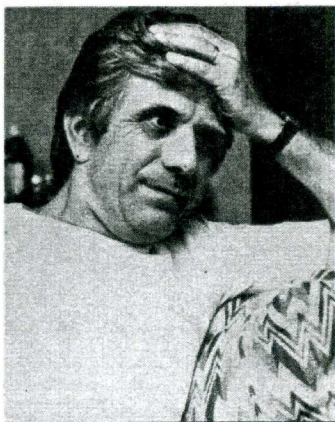
—Que yo conozca, ninguno, ¿a qué favor te refieres?

—A alguna gestión de importación de papel de los países del Este, un suponer.

—Eso, en la vida, eso lo dijo «Cambio 16», y me indigna ese tipo de calumnia, me indigna que me digan que me mantiene el PSUC, me indigna.

—¿Tampoco te ha ayudado en nada la Generalitat?

—¡Por Dios! Soy muy amigo del presidente Tarradellas pero eso no tiene nada que ver con inventos como que la Generalitat me subvenciona.



—Vamos, que tú eres de los pocos que no han recibido ayuda oficial bajo cuerda de ningún tipo.

—¡Nunca!

—Pues hay prensa que la recibe.

—Me consta, igual que a ti, pero yo a eso no juego.

—¿A qué juegas entonces, Sebastián?

—A dejar dignamente mi apellido de editor a mis hijos, esa es mi única obsesión.

—¿Ya no quieres ser político?

—No, llegó un momento en mi vida en que dije: o me dedico a la política o me dedico a la edición, y me dediqué a la edición. Yo me encuentro muy a gusto en mi papel de empresario, con todas las dificultades que eso ahora tiene: un país en receso, un cambio político que nos está costando mucho dinero, una transformación que la estamos sufriendo todos, una falta de inversión tremenda, una reclamación colectiva del trabajador real-

interview

mente poco controlada por los sindicatos y, en definitiva, un maremágnum con una prensa desatada, porque falta una ley en este aspecto.

—Pero tú no dejas de comprar y comprar, a pesar de todas esas dificultades que relatas.

—Efectivamente.

—Y la gente se pregunta la razón de tu expansión...

—Para mí es muy sencillo: hay paro y receso, los periódicos se hunden, y ahora es precisamente cuando puedes comprar a bajo precio. Es la técnica que ha empleado todo el mundo. Por ejemplo, cuando se han comprado los mejores terrenos ha sido cuando

siempre: si yo no me hubiera lanzado a Madrid, todo en Barcelona seguirían siendo homenajes y la prensa de Madrid, «El País», «Diario 16», no publicaría nada de lo que a mí me sucediera en Cataluña, y es que aquí lo que no te perdonan es no ser de una familia siempre tradicional.

—Lo que no te molestará es que afirmen que has sido un miembro del Opus.

—No, nunca me ha molestado y, si me salió, fue porque perdí la vocación específica.

—A lo mejor, ya ni crees en Dios.

—Sí.

—Quizá ni practicas.

—Me incomoda la respuesta.

—Es decir, que crees en Dios pero menos.

—Entrar en ese terreno sería muy largo. La verdad es que sigo teniendo muy buena relación con los socios del Opus Dei, aunque yo haya dejado de serlo.

—Eso se puede interpretar como puro oportunismo.

—Lo sé, pero yo jamás me he aprovechado del Opus Dei. ¿Oportunista porque antes lo era y ahora no lo soy? Eso es tan relativo, es como asegurar que el Opus Dei hoy tiene menos influencia, si es que la ha tenido alguna vez, que antes, y eso vamos a dejarlo.

—¿Tú crees que el Opus sigue mandando en este país?

—Yo no te digo eso; yo lo que digo es que, si ha mandado o no, el grado de influencia de hoy es el mismo o más que antes. Yo lo que no voy a hacer es calumniar al Opus, a mí me merece un gran respeto y tengo en él a muchos amigos.

—Otras personas, sin embargo, han llegado a escupirte, ¿no? Fraga, por ejemplo.

—Sí, Fraga un día casi me escupió. Sin embargo, con los tecnócratas, López de Letona, Pérez del Brío, si que conecté. Es increíble, ¿te das cuenta?, lo que llegan a contar de uno. Que si tal, que si cual, que si descapitalizo a la familia, que si soy un ambicioso, que si soy un oportunista, que si me aprovecho del Opus Dei. Mira, soy un hombre con tres carreras, un doctorado, sé trabajar doce horas diarias, y esta disciplina, lo reconozco, me la ha dado una formación de tipo ético, de tipo humano y de tipo secular, por llamarlo de alguna manera; no, no creo que eso sea malo, y desde luego sigo con la misma disciplina de trabajo.

—Aunque ya no usarás cilicios.

—Esas cosas no deberías de preguntarlas, ¡caray, qué entrevista me has hecho!

«A mí los comunistas no me han dado una peseta»

nadie tenía un duro para comprar, ¿o no?

—Sí, pero eso no lo puedes hacer a costa de quitar el sueño a tus trabajadores, que no duermen con tus aventuras empresariales.

—Perdón, yo doy explicación a todos mis trabajadores, y el trabajador debe exigir responsabilidades, y yo no se las niego. Pero yo creo que la cosa está muy clara: la prensa ha tocado fondo, ya no puede estar más baja, tiene que haber un proceso de concentración de diarios, y también de desaparición de otros; entonces, si ahora compras con acierto y encuentras financiación a largo plazo, cuando venga el ascenso tendrás unos medios de comunicación muy baratos y fácilmente rentabilizables. Estamos en Barcelona, estamos en Madrid, y ahora vamos, ya hemos empezado en Valladolid, con la compra de diarios regionales.

—Eres muy ambicioso, Sebastián.

—No, me gusta mucho mi profesión de empresario, y tú me has visto ejercerla en circunstancias muy difíciles, mucho más difíciles que ahora mismo.

—¿Más todavía?

—Con el Gobierno Civil encima y el Ministerio de la Gobernación encima.

—Pero sin amortizaciones...

—Mira, nosotros hemos sido atosigados desde arriba, como lo habéis sido vosotros y, coño, estamos en lo de